

Katherine E. Southwood, *The Civic Value of Humanities. A Case for Compassion*. Springer Nature, 2025, 104 pp.

Las humanidades constituyen un ámbito cultural de valor universal, cuyo espesor histórico merece ser sopesado más allá de coyunturas o impulsos instantáneos. En relación con las ciencias sociales, su nexos es más expresivo y vívido que con las ciencias naturales, aunque el diálogo con estas también provee elementos multiformes y matizados. Se trata de una afinidad y complementariedad amplias: hay quienes incluso sostienen que, en algunos contenidos, entre ambas áreas predomina la fusión y el traslape, no la distinción.

En los últimos años, un ángulo de examinación hacia las humanidades ha recaído sobre su componente público, político y cívico. Ello ha generado un revuelo de análisis y debates que resulta saludable asumir y atender en sus alcances y límites.

La exposición argumentativa que Katherine Southwood desarrolla en *The Civic Value of the Humanities* (El valor cívico de las humanidades) es tan sugerente y lúcida como provocadora, en un momento atravesado por crisis y presiones diversas, pero también propicio para posibilidades creativas, imaginativas y analíticas que van más allá de la academia, sin excluirla. Desde ese ángulo, la configuración reconocible —con potencia significativa y vocación crítica y sensible ante el entorno— apunta a un modelo de humanidades centrado en su rol político-cívico, capaz de imbuir con sus aportes e inquietudes a los ciudadanos. Al mismo tiempo, ese modelo abreva de un sentir dialógico, atento a escuchar sus expectativas, exigencias y dilemas como seres humanos. En conjunto, se trata de una tarea que tiene en esta contribución de la profesora Southwood un referente al cual reexaminar, a la luz de la experiencia propia, de puntos de vista con otros y de prácticas participativas en lo colectivo.

El libro se organiza en bloques, unidos por una decisión de tono que la autora explicita desde el primer capítulo: mantener un registro esperanzador que evite el fatalismo que —a su juicio— paraliza buena parte de la crítica universitaria contemporánea. En concreto, el capítulo introductorio sitúa a la educación superior en un escenario de volatilidad, incertidumbre, complejidad y ambigüedad, junto a un panorama de rechazo al campo humanista dentro de un ámbito universitario regido por una vía instrumentalista de tipo neoliberal en sus sistemas de evaluación, métricas y expectativas de rendimiento. Fija la apuesta conceptual que recorre el libro: las humanidades como una suerte de tecnología humana orgánica que transmite experiencia y valores éticos a través del tiempo. Este es, ante todo, un capítulo programático que se plantea

abrir el terreno de juego, más que dedicarse a analizarlo.

El segundo capítulo arranca el trabajo diagnóstico propiamente dicho: una genealogía del giro neoliberal en la universidad británica desde los años noventa del siglo XX —masificación, capitalismo académico, precarización contractual, gerencialismo, transformación del estudiante en consumidor—, cuyo aporte más fino es mostrar que la crisis de integridad institucional no es solamente reputacional, sino que tal condición corroe desde dentro la cultura misma de investigación, además de que bajo ese influjo se genera un importante deterioro del bienestar, salud física y productividad real entre los académicos.

El tercero da un giro relevante: las humanidades no son solo un contenido curricular, sino una práctica relacional que debe encarnarse en el trato cotidiano hacia académicos, estudiantes y personal administrativo; es el capítulo más performativo del libro, en tanto que asume que lo que se enseña sobre humanidad debería también practicarse institucionalmente, vía un trato digno y el debido aprecio a las personas en la cotidianidad vivenciada en tales recintos. En contraposición a ello, lo que prevalece más bien es una seria erosión de la autenticidad, la confianza y el sentido de pertenencia.

El cuarto es, conceptualmente, el más denso del bloque diagnóstico: introduce un vocabulario propio sugerente —“pleasanteeism” o positividad forzada, “carewashing” o cuidado performativo sin sustancia, “McLearning” o aprendizaje estandarizado y vacío— para sostener que los entornos institucionales “sin consideración del cuidado” no solo generan malestar subjetivo, sino que empobrecen la calidad epistémica de la investigación y la docencia como tales.

El quinto capítulo desplaza el argumento hacia un registro propositivo: sostener que las humanidades son valiosas “en sí mismas”, sin especificar los principios rectores que abraza ni el cómo, cierra el diálogo en lugar de abrirlo; se apoya en un informe de Oxford sobre destinos profesionales de egresados para argumentar que la empatía, el pensamiento estratégico y la argumentación, entre otras, son habilidades indispensables, no un lujo prescindible. El sexto articula el núcleo ético del libro: la compasión, la pertenencia y la conexión constituyen bienes cívicos que las humanidades cultivan mejor que ningún otro campo, enlazando investigación sobre bienestar laboral con la tesis de que la felicidad del personal se correlaciona con la productividad, y cerrando así el círculo entre argumento humanista y argumento económico. Desde un apunte fino, el impulso hacia la compasión que, para la autora, es medular en este entorno, adquiere sustento en el nexo entre empatía e imaginación: una imaginación empática, aunadas desde un plano narrativo, cataliza procesos discernibles para que los vínculos entre los

involucrados se desplieguen de modo acotado y adecuado, gratificándolos al final en un sentido tan franco como constructivo. El séptimo, la coda, reafirma que la contribución cívica de las humanidades no debe presentarse como valor inherente, sino explicitarse en sus mecanismos y aporte a la sociedad como un todo, planteándose bajo esa premisa la articulación conjunta del texto.

Leído como totalidad, el libro deja a quien lo lea en ciencias sociales, y más ampliamente a uno como ciudadano, un horizonte de trabajo fértil: la convicción de que la mercantilización de la vida universitaria no es solo un problema de recursos o de gestión, sino de valores, que termina erosionando la calidad misma del conocimiento que se produce; y la convicción de que las capacidades que cultivan las humanidades —empatía, pensamiento complejo, imaginación narrativa— tienen una traducción cívica concreta, dentro y más allá de las universidades. Precisamente porque el libro logra tanto en ese registro, deja también entrever ciertas consideraciones —de trasfondo conceptual, de agenda, de escala— que vale la pena poner en diálogo con el horizonte de la autora, no para restarle mérito a lo alcanzado, sino para extender su alcance hacia aquello que su argumento, leído con atención, ya parece estar apuntando.

Ese diálogo puede organizarse, de manera esquemática, en cinco líneas: (i) el tránsito incompleto entre una civilidad social y una civilidad político-institucional, con una de sus zonas menos exploradas, la divulgación humanística como acto político; (ii) la necesidad de diferenciar modelos de humanidades, en lugar de hablar de ellas en bloque; (iii) la falta que emerge al no situarse el argumento defendido en su contexto de enunciación; (iv) la tensión, no siempre resuelta, entre autonomía y heteronomía en el tránsito del diagnóstico a la propuesta; y (v) una tesis sobre la irreductibilidad de las humanidades, desde un registro basado en la autonomización intelectual-cognitiva, como fuente de su valor cívico-político más duradero.

Antes de avanzar hacia los comentarios críticos en sí, considero que hay un eslabón sobre el que no se repara, y que le daría potencia interpretativa al abordaje de Southwood. Tal nexo, por su familiaridad y capacidad de articulación, lo aporta la noción de *civilidad política*. Esta permite establecer un puente entre lo cívico y lo que la autora postula como compasión —dos polos que en su obra conviven, pero no siempre se articulan con la precisión que el argumento exige—. La categoría no es ajena al marco del libro, sino una expansión crítica de él: toma su núcleo argumentativo —las humanidades como formación de disposiciones para la vida en común— y lo traslada a un registro donde el poder, el conflicto y la especificidad de cada contexto histórico tienen cabida plena. Su genealogía conceptual es sólida: arranca de la *civilitas* romana —no se trata de una mera urbanidad, sino la capacidad de participar en la *civitas* con responsabilidad y reconocimiento del otro,

procesando constructivamente los desacuerdos y tensiones, al tiempo que se preservan la afirmación disidente y la apertura dialógica— y llega hasta su recuperación en la teoría política moderna por Montesquieu y Tocqueville y, más recientemente, por Edward Shils y Jeffrey Alexander en sus reflexiones sobre las condiciones culturales de la democracia.

Así entendida, la civilidad política opera en tres registros que iluminan de manera sucesiva y complementaria la propuesta de Southwood. En el primero, funciona como forma de resistencia a lo que podríamos llamar la anomia neoliberal: si la universidad mercantilizada reduce al individuo a cliente o competidor y disuelve el sentido de pertenencia colectiva, las humanidades —tal como Southwood las defiende— reconstruyen ese tejido roto al restituir al sujeto su condición de miembro de una *civitas*, capaz de reconocerse en y con otros más allá de la lógica del intercambio. En el segundo, la civilidad política nombra el resultado externo e institucional de lo que Southwood —siguiendo a Nussbaum— asume como imaginación en clave empática: la capacidad cultivada por las humanidades de ver el mundo desde la perspectiva del otro, que en el capítulo 5 del libro se vincula directamente con la preservación de la democracia frente al populismo y los ataques a la verdad. Sin esta civilidad como horizonte práctico, la empatía permanece como disposición interior sin traducción pública; además de que la democracia, privada de ese sustrato formativo, se degrada. En el tercero —y más exigente de los registros—, la civilidad política es la forma pública y reglada de la compasión. Si Southwood propone en el capítulo 6 una compasión institucional que no sea sentimental sino operativa y con límites claros, la civilidad política es precisamente el criterio que permite que la preocupación por el otro se traduzca en prácticas concretas de respeto, escucha, influencia reflexiva entrecruzada y deliberación. De este modo, el proyecto ético de la autora deviene en proyecto de organización política: el valor cívico de las humanidades deja de ser un deseo abstracto para volverse, en el mejor de los casos, una forma de vida democrática deliberante, asertiva y sostenible.

Quiero partir de una observación que fui consignando en mis primeras notas de lectura: la profesora Southwood prepara el terreno para profundizar en el involucramiento cívico-político propiamente dicho, y no solamente permanecer en el ámbito de lo cívico-social. Enuncia, aquí y allá, aspectos relativos a lo democrático y a expresiones políticas variadas —cita a Nussbaum sobre la democracia, evoca la ciudadanía, el compromiso público—, pero considero que no los desarrolla del todo. Su argumento más trabajado, sobre todo en los capítulos quinto y sexto, discurre por el registro del mercado laboral, la empleabilidad, el bienestar institucional y la compasión interpersonal: ello constituye un registro cívico-social, en buena medida pre-político, antes que uno cívico-político en sentido estricto, entendido como aquel que concierne a la construcción, el fortalecimiento o la reorientación de instituciones y culturas

políticas, y a la agentividad ciudadana en escenarios de deliberación colectiva.

Este no es un reparo menor, ni tampoco una simple objeción de vocabulario. Si las capacidades que Southwood identifica —empatía, perspectiva múltiple, argumentación, curiosidad intelectual sostenida— son, como ella sostiene con solvencia, cultivadas de manera privilegiada por las humanidades, entonces la pregunta que su libro deja abierta es cómo se aterrizan y se llevan transversalmente esas capacidades hacia el nivel cívico-político propiamente dicho, en el terreno práctico. No solo dentro de los recintos universitarios, sino en los ámbitos de vinculación con actores no académicos, y en los escenarios ciudadanos donde la formación e interacción humanística podría aportar, de modo discernible y bidireccional, a la construcción, el fortalecimiento o la reorientación de instituciones y culturas políticas. Southwood nos entrega, con solidez, las premisas y la sensibilidad; lo que aún se extraña en todo ello es el puente hacia ese terreno más exigente.

Y aquí conviene precisar el señalamiento, porque no se trata solamente de que a la autora le falte espacio o desarrollo —el suyo es, deliberadamente, un libro breve—, sino de algo más consistente con la arquitectura misma de su argumento. Southwood enmarca explícitamente la colonización de los valores universitarios con base en la lógica neoliberal, instrumental y utilitaria, como una intrusión de lo político-tecnocrático en el terreno universitario. Si ese es el diagnóstico, cabe preguntarse por qué no ofrecer una respuesta cívico-política a la altura de ese mismo problema —crítica, abierta, de vocación más universalista, inclusive hacia dentro de la propia universidad—, en lugar de desplazar la respuesta hacia el registro más acotado de la compasión interpersonal y el bienestar organizacional. Southwood, además, ya cuenta con el material conceptual para dar ese paso: así, cuando habla de la necesidad, dentro del pensamiento crítico, de cultivar una voz disidente frente al conformismo, está tocando exactamente un nervio axial de lo cívico-político. Pero esa intuición se queda sin desplegar, aplicada casi únicamente al ámbito laboral —la necesidad de un ingreso que no debería ser lo único que se valora— y a la coherencia interna de una organización entre su misión declarada y su práctica efectiva. No es, pues, una ausencia por falta de insumos argumentativos, sino una detención a medio camino desde su propia lógica de aportación.

Hay aquí todavía un hilo, que conecta con reflexiones que vengo trabajando sobre la agentividad y la política descentrada: el ejercicio mismo de la divulgación humanística —la pedagogía, la formación, el acto de hacer legible el saber humanístico en y más allá del claustro— no es un gesto neutro ni meramente instrumental, sino un acto político en sí mismo, con trascendencia tanto hacia dentro de las universidades como hacia afuera de ellas. Southwood roza esta idea cuando defiende la importancia de que las humanidades “se

enseñen” de cierto modo y no de otro, pero no llega a tematizar la divulgación como un acto político con esa doble trascendencia. Es uno de los puentes más claros entre lo que ella sí logra articular —qué modelo de humanidades enseñar y cómo hacerlo, en sentido amplio—, y lo que deja pendiente: cómo ese acto pedagógico con fines divulgativos se proyecta políticamente, no solo socialmente, en la esfera pública.

A partir de esto, hay una conexión con una segunda línea de crítica, de mayor calado conceptual. Southwood argumenta, en sustancia, que las humanidades poseen valor cívico. Mi tesis —formulada como tesis, no como premisa dada, para dialogar críticamente con la autora y no solo suscribir su planteamiento—, desde una veta politológica, es que no todas las humanidades producen civilidad política. Las humanidades, entendidas como marco, proveen el suelo, el lenguaje, las categorías, la sensibilidad; pero un marco así concebido es una condición necesaria y no suficiente. Southwood tiende a hablar de las humanidades en un registro homogéneo —Historia, Literatura, Teología, Filosofía, Estudios Clásicos, mencionadas casi como un bloque intercambiable— sin distinguir entre modelos: unas humanidades más convencionales o eruditas, cerradas sobre sí mismas; unas humanidades críticas, comprometidas con su horizonte histórico-social; e incluso unas humanidades instrumentalizadas por agendas ideológicas o tecnocráticas, que pueden invocar el mismo léxico de la compasión y la empatía sin producir el efecto cívico que ella les supone. A mi modo de ver, no todo lo que se llama humanidades produce civilidad política; de manera que un libro que aspira a defender su valor cívico, necesitaría decirnos bajo qué condiciones y bajo qué modelo ese valor se activa, y bajo cuáles se frustra o incluso se revierte.

A esa diferenciación conceptual se suma un segundo desplazamiento, de tipo situacional. Southwood escribe desde Oxford, para un contexto británico específico —cita reiteradamente al *Research Excellence Framework* (REF) o Marco de Excelencia en la Investigación, a la huelga del Sindicato de Universidades y Colegios (UCU), a informes de universidades británicas—, y aunque su argumento aspira a una validez más general, el libro no ofrece un ejercicio explícito de situarse: de reconocer la particularidad del lugar desde el que habla, ni las consecuencias que eso tiene para la universalidad de su tesis. Esa omisión no es solo un matiz británico: en otras tradiciones universitarias, el mismo problema —la relación entre humanidades y esfera cívico-política— adoptaría configuraciones probablemente distintas, según el peso relativo del Estado, del mercado o de la sociedad civil en la gobernanza universitaria, o según el grado de politización de la propia esfera pública. Las humanidades que pueden funcionar como marco de civilidad política son, me parece, aquellas que se saben situadas y que asumen una orientación crítica frente a las particularidades de su entorno; y ese saberse situadas es precisamente lo que Southwood no tematiza, aunque su argumento lo necesitaría para

sostenerse más allá del contexto británico que la ocupa.

Hay, finalmente, una tensión que toca la arquitectura argumentativa de la obra. Las humanidades como construcción sociocultural y política no son un asunto abordable ni sostenible en el vacío o con base en la pura abstracción —la misma Southwood lo sabe, cuando advierte contra defender su valor intrínseco en bloque y sin detalle—. Pero hay algo que me inquieta como tópico perenne en el vínculo entre humanidades y espacio cívico-político: que, en desmedro de la creación intelectual de sus agentes académicos, la apuesta por ese vínculo termine por desvirtuar la autonomía o libertad que esa labor requiere en su interioridad, inclinándose casi todo hacia el polo cívico-político o hacia el polo de la utilidad demostrable. Ese nudo tiene un nombre clásico: la tensión entre la autonomía y la heteronomía de la cultura intelectual, entre la lógica interna del campo académico-humanístico, con sus propios criterios de validez, y las demandas externas de utilidad, pertinencia o compromiso cívico.

Es precisamente ahí donde localizo la fisura más interesante del libro: no una objeción externa, sino una tensión que el propio libro dimensiona sin proponérselo. Los capítulos 2 a 4 construyen una crítica sostenida a la instrumentalización de la universidad, cuestionando la reducción del conocimiento a lo medible, a lo transaccional, a lo económicamente generado. Pero cuando el libro pasa al registro propositivo en el capítulo quinto, el argumento a favor de las humanidades se apoya en un informe sobre destinos profesionales de egresados, en habilidades “indispensables para el mercado laboral”, en casos de impacto medibles a partir del REF. Es decir: para defender a las humanidades de la lógica instrumental, Southwood termina adoptando esa misma lógica de justificación —la empleabilidad, el impacto medible, la utilidad demostrable— que sus capítulos previos habían identificado como parte del problema. No es que la autora sea inconsciente de esto: resiste las “caricaturas injustas” de las humanidades y advierte que su valor no debería reducirse al lucro. Pero el centro de gravedad de los capítulos quinto y sexto se inclina hacia una contestación desde el terreno de la legibilidad pública y el impacto mensurable —el mismo terreno cuya colonización ella advertía como riesgo—. Resultaría por ello central especificar la naturaleza de las herramientas cívico-políticas que emergerían de manera puntual, bajo un modelo peculiar de humanidades, para plasmar aquello que adquiere el carácter de valioso, en distintos entornos de operación intelectual, profesional, social y colectivo-organizativo en sentido amplio, por los actos, saberes y discursos que ahí despliegan las personas; ya sea por su mera posición de individuos o por su asunción directa como ciudadanos.

Frente a lo que he venido indicando, en sentido unificado, la pregunta que me parece más fina, y que el libro aún no resuelve, no es si elegir entre

humanidades autónomas o humanidades comprometidas —soportarse sobre una falsa dicotomía como esta, empobrecería el debate—. Se trata, más bien, de qué tipo de vínculo con lo cívico-político fortalece la libertad investigativa en lugar de socavarla, al tiempo que se potencia el sentido del impacto público que se busca alcanzar, y de cuándo el compromiso con la esfera pública es una extensión genuina de la vocación humanística y cuándo una capitulación disfrazada de responsabilidad.

Mi formulación tentativa, más horizonte de trabajo que conclusión cerrada, es esta: las humanidades solo pueden ser un marco de civilidad política en la medida en que no se subordinen enteramente a ella; su aportación más valiosa al espacio cívico surge, paradójicamente, de su irreductibilidad, de su capacidad de decir aquello que las colectividades circundantes no están dispuestas a escuchar por resultarles preguntas difíciles e inquietantes. Desde esa línea, las humanidades que más aportan al espacio cívico-político son, con frecuencia, las que preservan con más tenacidad su independencia interna, su capacidad de resultar contraintuitivas, incómodas, impertinentes. De modo que el valor cívico más duradero de las humanidades puede residir precisamente en su capacidad de no pertenecer del todo, de no encajar dócilmente en las agendas —ni las del mercado, ni las de la política del momento— que tienden a capturarlas.

La autora deja una obra reflexiva a partir de su entorno; la que, además de ser estimulante y oportuna, tiene muchas opciones de influir en el debate académico y la conversación pública. Ella construye un diagnóstico riguroso de la mercantilización universitaria y un argumento persuasivo sobre por qué las capacidades humanísticas importan en y más allá de la academia. Los comentarios aquí vertidos solo buscan orientar hacia lo que el libro aún no cumplimenta del todo, dejando ello como algo pendiente, y pensando en una posible edición futura: diferenciar modelos de humanidades en lugar de hablar de ellas en bloque; situar el argumento en su contexto de enunciación; y sostener la tensión entre autonomía y heteronomía que sus capítulos diagnósticos identifican tan bien en otros terrenos de la vida universitaria. En general, es un libro que abre más preguntas fértiles de las que cierra y, sobre todo, es una invitación a repensar el lugar, la orientación o sello y el impacto que las humanidades pueden tener en la tensa interfaz entre universidad y sociedad.

Fredy Aldo Macedo Huamán

Cómo citar: Macedo H., F.A. (2026). Katherine E. Southwood, The Civic Value of Humanities. A Case for Compassion. Springer Nature, 2025, 104 pp. *Alternativas en Ciencias Sociales*, 2(2), 122-129.

DOI: <https://doi.org/10.70467/acs.v2n2.7>



ACS

Alternativas en Ciencias Sociales